

DEL GUADALETE A TOLEDO

II LA BATALLA

Por JOSE MIRANDA CALVO

Comandante Profesor de la Academia de Infantería
De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

FASE DE APROXIMACIÓN

De los desembarcados.—Realizado el desembarco sin contratiempos, el cuerpo expedicionario de witizianos y sus auxiliares árabes, se aprestaron para el combate contra el rey Rodrigo.

Asegurada desde un principio la comunicación marítima con Ceuta y consolidado el dominio de la bahía desde Carteia a Algeciras, iniciaron su expansión hacia el interior, sobre una zona previamente impregnada por canales subversivos, como diríamos hoy.

Del estudio de las vías de comunicación expuesto en la primera parte de este trabajo (1), se deduce:

a) La vía I, que contorneando el litoral, iba desde Carteia-Algeciras a Cádiz, dada la excentricidad de esta plaza en relación a los objetivos político-militares que perseguían los sublevados contra Rodrigo.

b) La vía III, que serpentea la Serranía de Ronda para desembocar en Ecija por Osuna, dadas las circunstancias de aspereza, despoblamiento y escasez de medios para el entretenimiento del cuerpo de tropas.

En consecuencia, entendemos que la progresión se realiza por la vía II, es decir: por la ruta central jalonada por Algeciras-Medina Sidonia-Arcos-Morón-Ecija-Córdoba. La cual, sobre constituir el camino que más directamente lleva a las plazas de interés político por el contorno más suave o menos accidentado de la región, ofrece otras ventajas de consideración.

En las inmediaciones de Arcos se entrecruzaba con la calzada local que, desde Carteia, subía a Sevilla por el interior, a través del reco-

(1) Cf. núm. 32 de esta revista.

rrido Carteia-Algeciras-Facinas-Medina Sidonia-Jigonza la Vieja-bifurcación cerca de Arcos (siete kilómetros)-Espera-Ugía-Cabezas de San Juan-Sevilla.

Asimismo, desde Arcos salía otra calzada que, bordeando el sur de Jerez, se prolongaba a Cádiz, enlazando en dicha plaza con la vía I, la costera que iba a Sevilla.

En el itinerario del emperador Caracalla está registrado el cruce en Algeciras, de la vía I, la costera, con la vía II, la del interior, que se dirigía a Sevilla, aunque este recorrido no se halle tan precisamente puntualizado como el costero. No obstante, el recorrido más comúnmente aceptado es el descrito anteriormente por: Facinas-Medina Sidonia-Jigonza-Arcos.

De esta manera, al realizar su progresión por dicha ruta, mantenían y consolidaban en todo momento su línea de comunicaciones y aprovisionamientos con Carteia-Algeciras, aprovechándose, igualmente, de la mayor facilidad de recursos de la región para el aprovisionamiento, máxime, teniendo en cuenta las dificultades y escaseces, a consecuencia de la peste y sequía padecidas, y que el natural recelo de gran parte de la población agudizaría.

A estas innegables ventajas logísticas se unía la de poder contar en la región con la acción auxiliar que las actividades witizianas habrían desplegado y que, a buen seguro, apoyaría desde Sevilla el arzobispo don Oppas, hermano del rey Witiza y tío de los enemigos de Rodrigo.

Creemos, por ello, que tras la concentración de los contingentes iniciales desembarcados, y al amparo de la seguridad conseguida en la zona, se realizó la progresión a través del itinerario Algeciras-Facinas-Medina Sidonia, para, desde esta localidad, proseguir el predominio y asentamiento sobre la región de Arcos de la Frontera y su cruce de caminos.

La serie de combates parciales referidos en las crónicas de manera tan escueta (2), no pudieron ser más que encuentros ocasionales con las fuerzas locales leales al rey Rodrigo y que, en reacciones espontáneas, tratarían de contener e impedir el levantamiento general de la zona hasta que llegase el rey con el grueso de sus tropas.

Entendemos que en esta progresión no debió sobrepasarse el Guadalete por el grueso del cuerpo invasor, manteniéndose firmemente sobre su curso y a la espera del rey Rodrigo, aunque sus avanzadas o grupos exploratorios en correrías de dicha índole sobrepasaran la región de Arcos para avizorar la venida.

La suposición de que el avance hubiera sido mucho mayor, por el conjunto, y de que, ante las noticias exageradas o temor de la venida del rey Rodrigo con numerosas fuerzas, los witizanos retrocedieran para buscar seguridad en la línea del Guadalete, no la vemos recogida o apoyada en ningún testimonio histórico, que, al menos, lógicamente debería haber recogido su estancia por Ecija.

(2) XIMÉNEZ DE RADA, cap. XX—SIMONET en *Historia de los mozárabes*.—
SAAVEDRA en *Estudio sobre la invasión de los árabes*.

Si, en cambio, entendemos que las noticias que transmitirían los witizanos destacados en la retaguardia, incluso en Toledo y Córdoba, más los grupos destacados a título de correrías exploratorias, en orden a los preparativos y refuerzos de Rodrigo, ocasionaron la petición de refuerzos ordenada por Taric, y que las crónicas refieren (3), en el sentido de urgir la incorporación de los mismos, ya que éstos no dejarían de afluir, aunque las dificultades de transporte y navegación demoraban el acrecentamiento de dichas fuerzas.

Estos retrasos y sucesivas incorporaciones debieron llevar a algunos cronistas a imaginar que los contingentes de Taric le fueron enviados independientemente, y no como consecuencia del escalonamiento que imponían la escasez de medios de transporte y dificultades naturales de navegación.

Para nosotros existe otra razón de importancia capital en orden a justificar que en dicha progresión no pudieron, en conjunto, sobrepasar el curso del Guadalete: la falta de Caballería.

No es concebible que un cuerpo invasor desembarcado en una región asegurada y con el alejamiento del rey Rodrigo, progrese de manera tan lenta como lo hicieron los witizanos y sus auxiliares árabes.

Esta lentitud, en contraste abierto con sus intenciones de derrocamiento, no puede deberse sino a clara inferioridad, no sólo en número de combatientes, sino a escasez del Arma fundamental para el combate de la época: la caballería, por ser escasos los nobles que les secundan; y, por ende, los partidarios o vinculados que suman no pueden ser caballeros, sino peones, gente de a pie.

Falta de caballería, igualmente, entre los árabes, como lo demuestran los estudios sobre este tema (4), y, por consiguiente, si carecían de ella en general, es difícilmente imaginable que pudieran emplear la poca de que disponían en una aventura circunstancial.

Si los witizanos sublevados y sus circunstanciales auxiliares árabes hubieran dispuesto de abundante caballería, no es posible justificar que desde fines de abril en que se inicia el desembarco, hasta bien entrado el mes de julio, fecha de la batalla, la progresión conjunta del grueso no sobrepasara la línea del Guadalete; es decir, una línea de avance que no sobrepasa los 75 kilómetros.

El hecho más discutible —fijar el lugar exacto de la batalla— tiene interés secundario, pues, a nuestro juicio, el aspecto fundamental se

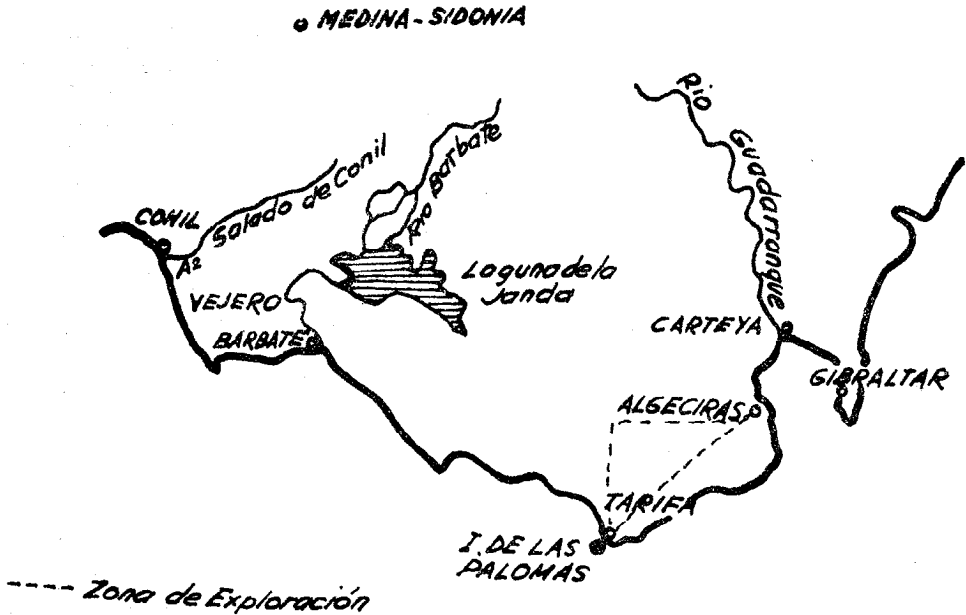
(3) Ajbar Maymúa; Ibn Qutayba; Ibn Habib; Al Razi Al Raqq; Fath al Andalus; Al Maqqari, etc.

Fath al Andalus; Ajbar Maymúa; Ibn-al Atir; Al Nuwary; Al Himyary; Al Maqqari, etc. Las citas en el Ajbar Machmúa se dan en la pág. 250, de donde la reproduce el resto. También en Ibn ad-Hakam, Futuhch, pág. 206. En el estudio sobre la invasión árabe de Saavedra, en la pág. 65.

(4) Trabajos de WSTENFELD, REINAULD, DELBRUCK y ESTÉBANEZ CALDERÓN, citados en *Orígenes del feudalismo*, por SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

ABEL HODEIL ABDERRAMÁN, el ANDALUZI, en su *Tratado de guerra*, traucido por LOUIS MERCIER en 1924. El resto de la historiografía árabe de los siglos XIII y XIV reproduce.

centra en la escasa profundidad de la penetración, cuando por las circunstancias tan favorables coincidentes y dadas las intenciones y propósitos de los sublevados, el empuje y ganancias de tiempo y espacio debieron ser mucho mayores.



Zonas de exploración de los witizanos en la región Sur.

Su mantenimiento sobre el curso del Guadalete medio viene impuesto por la evidente escasez de efectivos, que les obliga a pararse sobre la vía de comunicaciones más suave y más directa hacia su línea de aprovisionamiento y zona de posible reembarque, caso de derrota, por la ventaja táctica de mantener el nudo local de comunicaciones de Arcos, desde el que pueden observar las intenciones y movimientos del rey Rodrigo y los suyos, así como desorientar a éstos en sus futuras intenciones.

Si apoyándonos en la carencia absoluta de testimonios históricos, descartamos la suposición del general Burguete, de darse la batalla en el Guadalete alto, según expusimos anteriormente, la discusión histórica se ha repartido entre la zona de Arcos y la del Barbate, laguna de la Janda o Vejer (5), pero sin que ello altere el aspecto fundamental.

(5) J. y M. OLIVER HUERTADO, en *De la batalla de Vejer o del lago de Janda*.— M. MANCHEÑO y OLIVARES, en *La batalla del Barbate*.— S. DE LA ROSA, en *Lugar de la batalla Guadalete*.

Puesto que, si a efectos puramente teóricos, admitiéramos este último lugar, no haría más que confirmar, más aún, nuestro pensamiento de escasa penetración y profundidad, reforzándose la idea de hallarse próximos a su zona de aprovisionamientos y embarque, de la Carteia-Algeciras.

De esta manera, pese a la labor inicial witiziana de asegurar la zona, llegarían al convencimiento de lo arriesgado que resultaría una mayor profundidad en el avance, ante lo limitado de sus fuerzas, decidiéndose, pese a avanzar sus grupos de exploración en correrías y merodeos más allá del Guadalete, por mantenerse en lugares más próximos y seguros.

No obstante, disentimos de esta localización, dado lo excéntrico del lugar, ya que ello indicaría la preferencia por seguir la ruta costera que va en dirección a Cádiz, y especialmente porque al agruparse sobre esta zona para dar la batalla, supone el abandono previo de la bifurcación de Arcos con todas sus ventajas, según hemos expuesto.

No creemos, de ningún modo, que la limitación y confianza en la valoración de sí mismo llegase ni siquiera al extremo de tratar de mantenerse tras el Guadalete, en la zona de Arcos, con el cruce de calzadas antedicho.

La observación, en cuanto a la venida del rey Rodrigo, necesariamente requiere el establecimiento sobre puntos normales y centrados en su ruta de acceso, en lugar del lateral y sin interés táctico y posicional que supone la región del Barbate.

De ahí que, por toda clase de consideraciones, fuese la zona de Arcos la zona donde, tras su aproximación, aguardaran el choque contra Rodrigo.

Del rey Rodrigo y los suyos.—El momento del desembarco sabemos que coincide con la presencia del rey Rodrigo en la región de Pamplona, donde estaba para reprimir un levantamiento de los vascones secundados por tribus francas del contorno pirenaico.

Bien fuese por fatal coincidencia histórica, bien a consecuencia de intrigas witizianas (6), lo cierto es que la sorpresa del desembarco es total, y el rey Rodrigo ha de conocerla con notorio retraso, aspecto que consideramos de fundamental interés para valorar la cuantía y circunstancias de los efectivos del rey Rodrigo y su ambientación hasta las vísperas del combate.

Aun cuando no se conocen testimonios históricos que demuestren el entrenamiento y rendimiento de las fracciones del ejército visigodo, si, en cambio, se conservan datos similares de las legiones romanas que pueden orientarnos muy acertadamente.

En las *Fontes Antiquae Hispania*, se hallan diferentes casos de marchas con sus distancias y tiempos, referidos tanto a momentos de simples desplazamientos logísticos, como a momentos de operacio-

(6) SAAVEDRA: *Op. cit.*; SIMONET: *Op. cit.*; General BURGUETE: *Rectificaciones históricas*: del Guadalete a Covadonga, etc.

nes militares. A través de ellos conocemos casos que van desde marchas aisladas con recorridos de hasta sesenta kilómetros en la jornada, a las series promedias oscilantes entre los tres y medio a cuatro kilómetros por hora de marcha, que son las más normales.

Despreciando, pues, la excepción de marcha aislada en una sola jornada, y refiriéndonos al desplazamiento a ejecutar, desde Pamplona a la zona de Arcos-Medina Sidonia, así como el tiempo que tarda en llegarle la noticia, tendremos:

Que tras la sorpresa inicial del desembarco y la campaña psicológica witiziana, las noticias del mismo llegarían a las autoridades locales y regionales, quienes, tras el mínimo tiempo dedicado a comprobación, se apresurarían a trasladar dicha nueva a sus superiores, y éstos al rey Rodrigo.

Si calculamos que entre la sorpresa del desembarco, la confusión, las noticias más o menos contradictorias que circulan, su conocimiento por las autoridades locales, la comprobación por las mismas del hecho, y su pronta disposición para que llegue a conocimiento superior, transcurre la primera semana, los mensajeros encargados de hacerla llegar, aun contando con servicios y relevos apropiados, las detenciones obligadas, las visitas y de personajes y escalones obligados, etc., no es aventurado suponer que hasta un plazo oscilante entre los quince días, el rey Rodrigo no puede tener conocimiento cabal de los hechos.

Conocida la noticia, debe ordenar la suspensión de las operaciones emprendidas y concentrar las fuerzas de que, en dicha región de Pamplona, dispone.

A partir de entonces se ve obligado, no sólo a marchar, sino al propio tiempo a reclutar efectivos movilizándolo a sus nobles, para que éstos, a su vez, le proporcionen sus vasallos vinculados.

De la mezcla heterogénea de combatientes, formada por caballería e infantería, se desprende, en este caso, una auténtica servidumbre logística. Si el ritmo de marcha lo imprime la caballería, no tienen posibilidad los peones de seguirla. Y si el aire de marcha queda supe-
ditada a la masa de peones, lógicamente se retarda la progresión.

Independientemente de ello, debe aguardar la sucesiva incorporación de los nobles y vasallos requeridos, que lo harían fraccionadamente y en distintos lugares. Aun cuando los mensajeros encargados del requerimiento llevaran el orden de que se concentraran en distintos lugares de paso obligado, es indispensable reconocer que detenciones mayores se realizarían en algunas plazas y especialmente en Toledo, para unificar y dictar disposiciones, así como incorporar a los más conspicuos de la corte que allí permaneciesen.

Tras la marcha o salida de Toledo, habría otra, tal vez mayor en duración, en Córdoba, capital de la Bética y antesala de la zona de combate. Es allí donde se incorpora Sisberto, uno de los hijos de Witiza, con sus efectivos.

Admitiendo un cálculo promedio de ocho horas de marcha diarias, con la entremezcla de caballería y peones, sucesivas incorporaciones,

detenciones para incorporaciones parciales y sucesivas, etc., y admitiendo un promedio general de marcha, al igual que el de las legiones romanas —de tres y medio a cuatro kilómetros por hora— es razonable admitir la realización de treinta y cinco kilómetros por jornada, puesto que el esfuerzo que implica su consecución vendría facilitado por el estímulo que en todo momento exigiría el rey Rodrigo.

Conocemos que las actuales distancias de los trayectos Algeciras-Toledo, y Toledo-Pamplona, sobrepasan los 1.200 kilómetros.

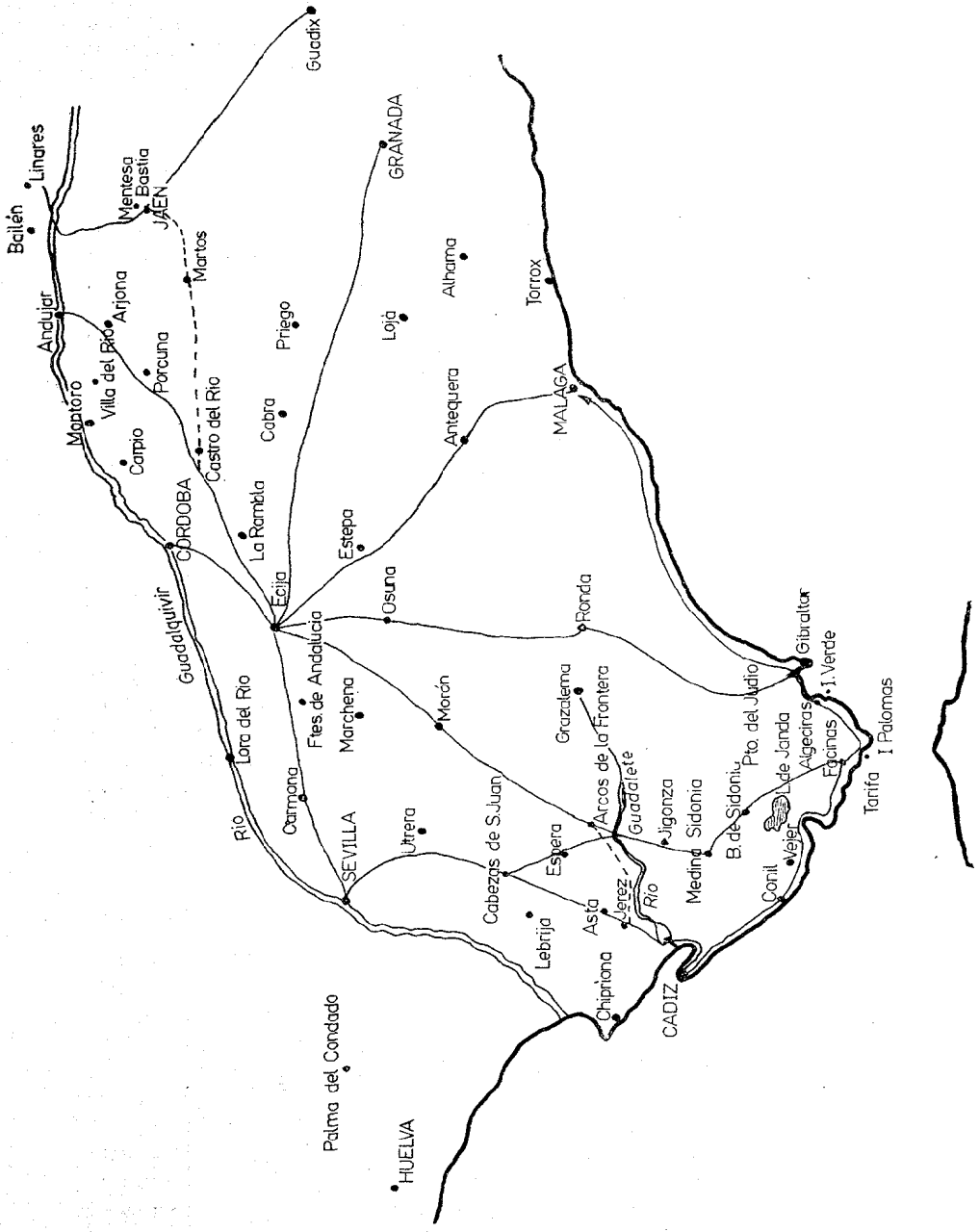
Si despreciamos los 200 kilómetros en función de que, en aquella época, las calzadas romanas existentes no tuvieron tan en cuenta, como hoy día, la suavidad de recorridos pese al esfuerzo que encierra el caminar por mayores desniveles y pendientes, así como, igualmente, debemos no contar con la distancia de la zona entre el Guadalete a Algeciras, puesto que el rey Rodrigo llega, tan sólo, al curso del río en cuestión, nuestro cálculo logístico en el desplazamiento de sus tropas ha de basarse sobre mil kilómetros.

Sobre el promedio de 35 kilómetros por jornada, necesitaría un mes completo, en marcha ininterrumpida, para llegar al teatro de operaciones. Pero como a este tiempo hemos de sumar las detenciones sobre algunos lugares importantes, para recoger los refuerzos que el adelantamiento de mensajeros a dicho fin pudiera haber proporcionado en la corte de Toledo, para dictar disposiciones, recoger mayores refuerzos, intercambiar impresiones, etc., y otro, igualmente de mayor duración, en la plaza de Córdoba, antesala de la región en donde se halla el enemigo y en donde, lógicamente, conocería los últimos detalles respecto al enemigo, sus incursiones más o menos profundas en las correrías de que hemos hablado, e incorporar sus últimos refuerzos, tales como los proporcionados por Sisberto, uno de los hijos de Witizia, al que confió un cuerpo de las tropas, no creemos deje de ser razonable admitir un plazo de quince días, entre toda esta serie de detenciones, que contribuían a engrosar y conjuntar sus tropas.

Por tanto, no es posible admitir que para llegar en mínimas condiciones de eficacia el rey Rodrigo dejara de disponer de dos meses, plazo que engloba el tiempo de conocimiento de la noticia, levantamiento de sus operaciones en la región de Pamplona, y traslado de sus efectivos, a más de la recogida e incorporación de los refuerzos que pudiera allegar, con el sistema conocido del requerimiento de los nobles a sus vinculados, tan deteriorado en los tiempos de referencia.

A este aspecto, definitivo en el postrer lance de la monarquía visigoda, concedemos gran importancia, dado que la urgencia de las circunstancias y las dificultades para que pudiera llegar a total conocimiento, puesto que entonces se demorarían los plazos para las sucesivas incorporaciones, con la baja normal de los súbitamente requeridos, harían que la masa de efectivos no fuese la que, de no mediar tanta urgencia, hubiera podido reunir el rey.

No debemos olvidar que salvo las luchas locales, normalmente



Trazado de itinerarios romanos recopilados en tiempos del emperador Caracalla.

desarrolladas sobre los lugares circundantes a la corte, los visigodos no poseían experiencia ni entretenimiento alguno para una marcha tan repentina y prolongada cual la presente, y que las condiciones socio-políticas imperantes evidenciaban un total deterioro moral sumadas al empobrecimiento general del país, por la sequía y peste padecidas.

Todos estos factores conjugados predisponen al total convencimiento de que ni el número ni la moral de los efectivos levantados por el rey Rodrigo, sobre la marcha, podrían ser básicamente los que su recluta más normal permitiría.

La incorporación de los efectivos de Sisberto, en Córdoba, es normal, de acuerdo con las costumbres visigodas. Ya que, en las luchas por el trono, una vez que ha triunfado el aspirante más fuerte o afortunado, todos los demás súbditos se incorporan a su servicio, siempre que la vida les haya sido perdonada.

Además, Rodrigo, con esta medida, ajeno a la traición oculta que se ha fraguado, no sólo muestra su predisposición para neutralizar así posibles derivaciones, sino que, consciente de la escasez de sus tropas no duda en aprovechar cuanto se le brinda y cree puede manejar y dominar.

A este respecto, tendría bien presente que el arzobispo don Oppas, se hallaba en Sevilla, aun cuando por algunos se le considera nombrado para la silla de Toledo, y es contradictoria su permanencia en ella.

Así pues, desde Córdoba, el rey Rodrigo se dispone a avanzar de cara al invasor.

Sus fuerzas son muy heterogéneas, reclutadas buena parte de las mismas, a viva fuerza y sobre la marcha, con baja moral, salvo los nobles y fieles al rey. Van a presentarse, tras un recorrido de mil kilómetros, la mayor parte de las mismas, las utilizadas contra los vascones, y a las que se ha exigido un durísimo esfuerzo para presentarse en el combate.

A ellas se han unido los circunstanciales refuerzos allegados por los nobles más cercanos, puesto que no dudamos se sacrificó la masa de posibles combatientes, a la rapidez para presentarse ante el enemigo, confiándose pudiera ser un episodio más de la lucha por el trono.

¿Cuál podría ser la cuantía de las fuerzas del rey Rodrigo?

La mayoría de los cronistas se limitan a afirmar que el ejército real *era numeroso*, pero sin dar cifra exacta ni aceptable —cuando la dan—. El número más persistente entre los que, copiándose unos de otros, trataron este tema es el redondo de 100.000 combatientes.

Nosotros creemos que este número y los que se le aproximan es francamente inadmisibles, pues se sale de la posibilidad logística, de las exigencias de concentración y de las servidumbres inherentes al

avituallamiento. Los efectivos humanos del ejército real debieron ser bastante más reducidos.

La situación creada por el desembarco, con todo lo que ello suponía para el último rey goda, unida al carácter impetuoso con que solía reaccionar ante todos los asuntos de trascendencia, permiten suponer que sacrificó el número a la prisa, contando, quizá, con poder aumentarlo sobre la propia zona amenazada.

En la «Crónica General de España» encontramos una cita harto elocuente, dentro de su laconismo a este respecto, y que confirma nuestro pensamiento (7).

Es más, incluso consideramos que la verdadera recluta e incorporación se realiza desde Córdoba, aunque el rey Rodrigo, llevado de su carácter, se adelantara con la fracción más escogida, siendo víctima de su impremeditación, fogosidad y confianza en sí mismo. Para ello nos basamos en los hechos de armas que tendrán lugar, tras la batalla del Guadalete, como más adelante veremos.

Esta mayor detención en Córdoba, los preparativos de recluta e incorporación sobre dicha zona, y el hecho de la presencia de Rodrigo, constituirían las bases de apremio con las que Taric urgió la aceleración de nuevos contingentes de refuerzo.

Rodrigo, desde Córdoba, realiza su última fase de recorrido a través de la calzada de Ecija-Morón-Arcos, para así alcanzar el curso del Guadalete y observar la calzada que desde Arcos va a Sevilla, por si el auxilio de don Oppas desde esta plaza se produjera masivamente.

Este hecho de la proximidad de Sevilla, con don Oppas, a cuya plaza ni siquiera se acercan los invasores, ha llamado siempre poderosamente la atención, y tan sólo cabe la suposición de que sus partidarios más seguros y decididos estuvieran ya, de antemano, entremezclados con los witizianos, que aseguraran el desembarco. De esta manera, don Oppas podía seguir permaneciendo en Sevilla, dando la sensación de fidelidad a Rodrigo, aunque secretamente concertara el plan de traición que sus sobrinos llevarían posteriormente a cabo.

Como la ruta que sigue don Rodrigo es la normal de aproximación a la zona sublevada, y a su vez, desde Arcos domina el acceso hacia Sevilla, su previsión es lógica.

EL ENCUENTRO

El interés preponderante de los historiadores se ha centrado en el intento de localización del lugar de la batalla, basándose para ello

(7) ... «el rey Rodrigo que lo supo ayuntó todos los godos que con él eran y fuese atrevidamente contra ellos y hallolos en el río que dicen Guadalete que está cerca de la ciudad de Asidonia». XIMENES DE RADA, en *Cap. XX*, dice «el rey Rodrigo, oída la matanza de los suyos y la devastación de la provincia se opuso a la venida de los árabes y se apresuró con valor al ataque de éstos».

en las crónicas y en los mayores o menores vestigios que en las comarcas o localidades se han descubierto.

Dentro de los juicios heterogéneos que sobre la misma se han vertido, cabe agruparlos fundamentalísimamente sobre dos comarcas: la de la Laguna de la Janda y la zona de Arcos, quedando marginada la suposición del alto Guadalete, expuesta por el general Burguete, y a la que hicimos referencia.

Por lo que se refiere a la zona de la Laguna de la Janda, existen pequeñas variantes con respecto a situar la batalla en las desembocaduras de los ríos Salado y Barbate, más bien al lado oriental de la Laguna, para dominar los accesos de Alcalá de los Gazules a Medina-Sidonia, desde el curso alto del río Salado (8).

Dado que la calzada costera procedente de Carteia-Algeciras-Tarifa-Facinas discurre entre las estribaciones de la sierra de Retín, y el borde occidental de la Laguna de la Janda, se ha querido situar, igualmente, la batalla encajada sobre dichos obstáculos. (9).

De admitirse tales hipótesis, tendríamos que admitir que el ejército invasor profundizó muy poco, o bien, que el movimiento general de retroceso, cerca de su base, se realizó por vía lateral para ganar, caso de necesidad, la zona de Algeciras, a través de la calzada costera de la vía I.

A poco que se medite sobre tal movimiento, ha de reconocerse que ofrece múltiples inconvenientes, dado que se encierra entre el mar y la Laguna, y pueden verse las tropas allí estacionadas, seriamente amenazadas, a poco que el rey Rodrigo prosiguiera su movimiento por la calzada interior que desde Medina Sidonia va a Algeciras.

Si precisamente la retirada cerca de su zona de retaguardia la realizan los witizianos ante el temor de que el rey Rodrigo venga con mucha gente, y, a su vez, ellos no se consideran con la fuerza necesaria para darle batalla en comarcas adelantadas, no se comprende cómo van a complicarse su situación eligiendo zona tan lateral y fácilmente desbordable.

De ahí que consideremos, por toda clase de consideraciones, más factible como lugar de la batalla la zona de Arcos, pese a las dificultades de localización exacta del lugar.

Las últimas investigaciones llevadas a cabo a este respecto por Sánchez Albornoz, desarrollando el pensamiento del historiador musulmán Al Maqqari, dan como lugar más idóneo el correspondiente al actual cortijo de Casablanca, situado a unos ocho kilómetros al

(8) Dozy, en *Histoire des Musulmans*, pág. 273, recoge las interpretaciones de fuentes musulmanas para situar la batalla en el Wadi Beka, llamado Salado, que desemboca en el mar, entre Vejer y Conil. Ver, igualmente, la nota número 20 de la *Historia de España*, de MENÉNDEZ PIDAL, del tomo IV.

Igualmente el Ajbār Maymú'a, Bayan al Magrib de Ibn Idari Ahmad al Razi. Al Maqqari, etc.

(9) Véase nota 5.

sur de Arcos de la Frontera, con el Guadalete a las espaldas (10). Dicho paraje corresponde al emplazamiento de la antigua ciudad romana de Lacca.

De esta manera se evidencia que tanto los invasores como el propio rey don Rodrigo consideraban de excepcional interés la comarca en donde se cruzaban las calzadas de Carteia-Algeciras-Sevilla y la de Córdoba-Ecija-Carteia.

La llegada del rey Rodrigo se realiza a través de la calzada Córdoba-Ecija-Morón-Arcos-Medina Sidonia, vía la más corta y natural para desembocar en la zona de combate, con la ventaja añadida de que, dominando el cruce de Arcos, puede controlar los accesos a Sevilla, a Cádiz y la vía interior que lleva a Algeciras.

Es lógico, pues, su desemboque en la zona de Arcos, por el valor primordial de su nudo de comunicaciones.

Y para los invasores, igualmente. Ya que, pese a la imprecisión de poder determinar hasta dónde pudieron llegar sus grupos avanzados o de exploración, la realización del movimiento de retroceso ante la venida de Rodrigo y la incorporación de los refuerzos que urgieron ante el conocimiento de que el rey Rodrigo se aproximaba, se orientó al mantenimiento de sus posiciones sobre el mencionado cruce de calzadas.

La imprecisión de los relatos de la época hizo que las crónicas se limitaran a consignar el nombre del Guadalete (11).

Conociendo los efectivos desembarcados inicialmente y los añadidos en los sucesivos viajes, que no dejarían de producirse a medida que los acontecimientos se precipitaban, la cifra evaluada por la generalidad de historiadores musulmanes no pasa de los doce a quince mil, cifra de la que ya hicimos mención conectándola con la capacidad de transporte y las dificultades de navegación propias de la época.

A nuestro juicio, la caballería desembarcada tuvo que ser muy escasa, verificándose la inicial expansión árabe a base de arqueros y peones.

Si las masas de caballería hubieran compuesto el grueso de las tropas desembarcadas, con las circunstancias tan favorables que se dieron, es inconcebible que su penetración fuera tan escasa, por mucha prudencia que tuvieran sus mandos.

Como los nobles witizianos que participan son escasos, las aportaciones de caballería son igualmente escasas.

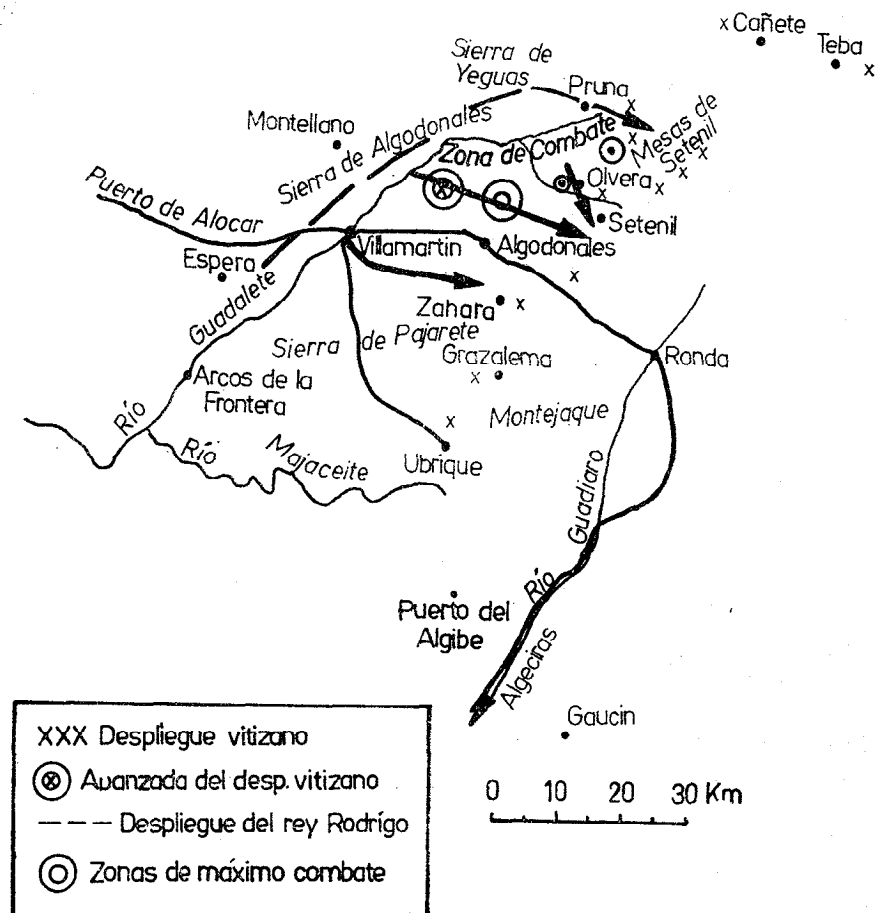
Esta es, para nosotros, la explicación de la falta de profundidad.

(10) SÁNCHEZ ALBORNOZ: *Cuadernos de Historia de España*, núm. 1, en sus notas 49, 67, 72, 102, 104, 106, 108, 100, 112, 113, 121, 122, 140, y 143, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, y las de los págs. 47 y siguientes.

11. XIMÉNEZ DE RADA, en el Capt.º XX, cita así «... y como hubiesen venido al río que se llama Guadalete junto a Asidonia, que ahora se llama Jerez, de la otra parte se situó el ejército africano». (Se refiere a la cabecera de la comarca.)

En la historiografía árabe, tan sólo se menciona el nombre del río Wadi Bakka, diversamente interpretado.

Igualmente, estimamos que don Rodrigo llega a la zona del Guadalete con reducidos efectivos, pese a que éstos tuvieran mayor preponderancia de caballería.

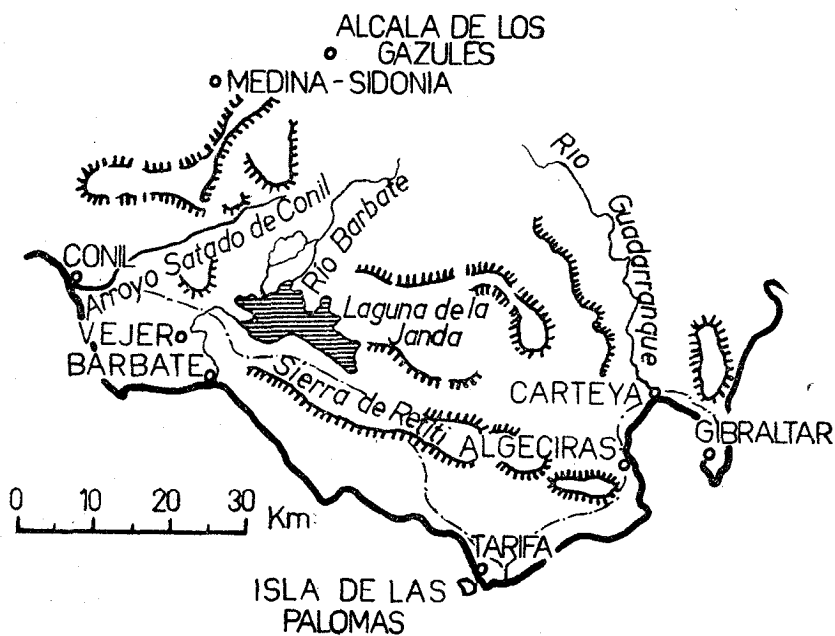


Las huestes de Rodrigo pudieron haberse concentrado en la zona afectada en Córdoba precisamente, y estimamos que el rey Rodrigo, por la serie de circunstancias que concurren, se adelanta llevando consigo una fracción de los efectivos disponibles, constituyendo la Caballería fracción importante, cual corresponde a la táctica empleada por los godos.

La masa de combatientes movilizada súbitamente, heterogénea, con poca moral, forzada a unas marchas desacostumbradas, con preponderancia de peones que mal podían seguir a una caballería que re-

frenaba su paso, quedaría en Córdoba, para completar su movilización y encuadramiento.

Y el rey Rodrigo, con sus escogidos, sus *fideles*, y los refuerzos aportados por Sisberto, con el secreto de su futura traición, se adelantó, convencido de que podría hacer frente, en un episodio más de las luchas dinásticas, y, en el peor de los casos, con la seguridad de que tenía tras sí el escalón de combatientes que se aproximaría paulatinamente, como se demuestra, tras la batalla, en los combates de Eciija y Córdoba.



Por tanto, estimamos que el adelantamiento de don Rodrigo, ávido, por temperamento y conocimiento, de entablar contacto con el enemigo, se realiza exclusivamente con la fracción de sus tropas más escogidas —la caballería—, pero lógicamente reducidas y mermadas por la larga marcha a que se han visto obligados.

Ello ocasionó un auténtico desequilibrio numérico, pese a la calidad y eficacia, ya que, ante la defección witiziana del ala de Sisberto, debió ser imposible romper las masas de peones contrarias, pese a las cargas sucesivas.

Esta es, para nosotros, la explicación resultante de la batalla del Guadalete. Efectivos reducidos, en uno y otro contendiente, por las razones expuestas, servidumbres logísticas y estado general del país.

El rey Rodrigo, evidentemente, sacrificó la masa de combatientes que pudiera reunir a la rapidez de su presentación en la zona, y, desde Córdoba, en donde conocería las últimas noticias, los detalles de las correrías de los grupos avanzados enemigos, etc., acentuó aún más dicha rapidez, presentándose directamente con su fracción más escogida, pero notablemente mermada tras la agotadora marcha y circunstancias realizadas.

Si las levadas, las marchas y la concentración visigodas hubieran sido efectuadas en condiciones más propicias, tal vez la suerte de la batalla hubiera variado.

Que sobre estos factores incidió de forma adversa la traición witi-ziana, no debe ponerse en duda, pues está ampliamente reflejado en varias fuentes históricas (12).

Traición, en plena batalla, de acuerdo con los planes de venganza albergados contra Rodrigo para recuperar el trono, y cuyas actividades comenzaron con la petición de ayuda al Conde Julián; negociaciones con los árabes y subsiguiente desembarco, para culminar con la media vuelta en plena batalla, dejando aislado con sus «fideles» al rey Rodrigo (13).

Por tanto, ha de comprenderse fácilmente, aparte los detalles imaginativos de algunos historiadores respecto al hecho, que el vacío abierto por esta defección en pleno combate no podía llenarlo el rey Rodrigo con sus mermadas formaciones de caballería y que, lógicamente, sucumbió ante la masa enemiga, que si proporcionalmente era escasa para una empresa de conquista formalmente ideada, lo fue en proporción más que suficiente para un combate circunstancial que desde sus vísperas temieron y se rodearon de precauciones.

La suerte personal que corrió el rey Rodrigo después de la batalla ha llenado mucho espacio, por haberse entendido que sobrevivió y que, tras azarosa huida, reapareció en la alta Castilla para encontrar la muerte en la discutible batalla de Segonera, por tierras de Salamanca, en la frontera con Portugal, así como el descubrimiento en Viseo (Portugal) de su sepulcro (14).

Si hubiera sobrevivido, lo lógico sería que hubiera buscado refugio sobre el grueso de sus tropas y plazas de Andalucía, sobre Ecija o Córdoba, y en todo caso, sobre Toledo, para conseguir reagrupar a sus fieles y seguir presentando batalla, en lugar de merodear fugitivo y sólo sobre parajes que nadie cita.

(12) XIMÉNEZ DE RADA: *Capítulo XX*.—*Crónica Mozárabe*, núm. 36.—*Cronica Silense*, núm. 15.—*C. Pacense*, pág. 22, núm. 6.

(13) *Crónica Mozárabe*, núms. 34 y 36.—*Silense*, núms. 15 y 16.—*Albendense* números 46 y 47.—*Crónica de Alfonso III*, núm. 7.—*Ximénez de Rada*, núms. 19 y 20.—*Aben Adari*, pág. 21, etc.

(14) FERNÁNDEZ GUERRA, SAAVEDRA, MENÉNDEZ PIDAL Y SÁNCHEZ ALBORNOZ, en obras anteriormente citadas, las de este último en *Cuadernos de Historia de España*, núm. 2, págs. 5 y siguientes.

De acuerdo con las computaciones que la cronología cristiana y musulmana dan respecto a la fecha de la batalla, ésta tuvo lugar el 19 de julio del 711, con una duración incierta que, según autores, va de los tres a los siete días, es decir, a la semana completa (15).

Este plazo, relativamente amplio, debe entenderse al total que abarca desde que los ejércitos se avistan y comienzan sus escaramuzas, tanteos, ardidés, para atraer y fijar a grupos, conseguir prisioneros que puedan dar pormenores, etc.

Por tanto, desde finales de abril, fecha del desembarco, al momento de la batalla, transcurrieron ochenta días completos, dado éste que, seguimos entendiendo de interés fundamental para comprender la relación existente entre el tiempo y el espacio, en los movimientos de ambos contendientes.

Los resultados y consecuencias inmediatas de esta batalla, pese a la muerte o desaparición en ella del rey Rodrigo, no fueron definitivamente resolutivos, especialmente en cuanto se refiere a la reacción posterior de los leales al rey Rodrigo, que los veremos ofrecer resistencias verdaderas en Ecija y algo menores en Córdoba.

Si en la batalla del Guadalete, el rey Rodrigo hubiera perecido con el grueso o totalidad de sus tropas, la explotación del éxito por los witizianos hubiera sido fulminante y definitiva.

Como entendemos que, por las circunstancias concurrentes, el rey Rodrigo se adelantó desde Córdoba, y tan sólo presenta en combate una fracción escogida de sus tropas, no pudo, pese a su derrota, producirse dicha explotación del éxito en la medida correspondiente.

Aparte de que, al carecer de suficiente caballería, los witizianos, como veremos igualmente, no cabe en ellos poder realizar el aprovechamiento total e inmediato del triunfo.

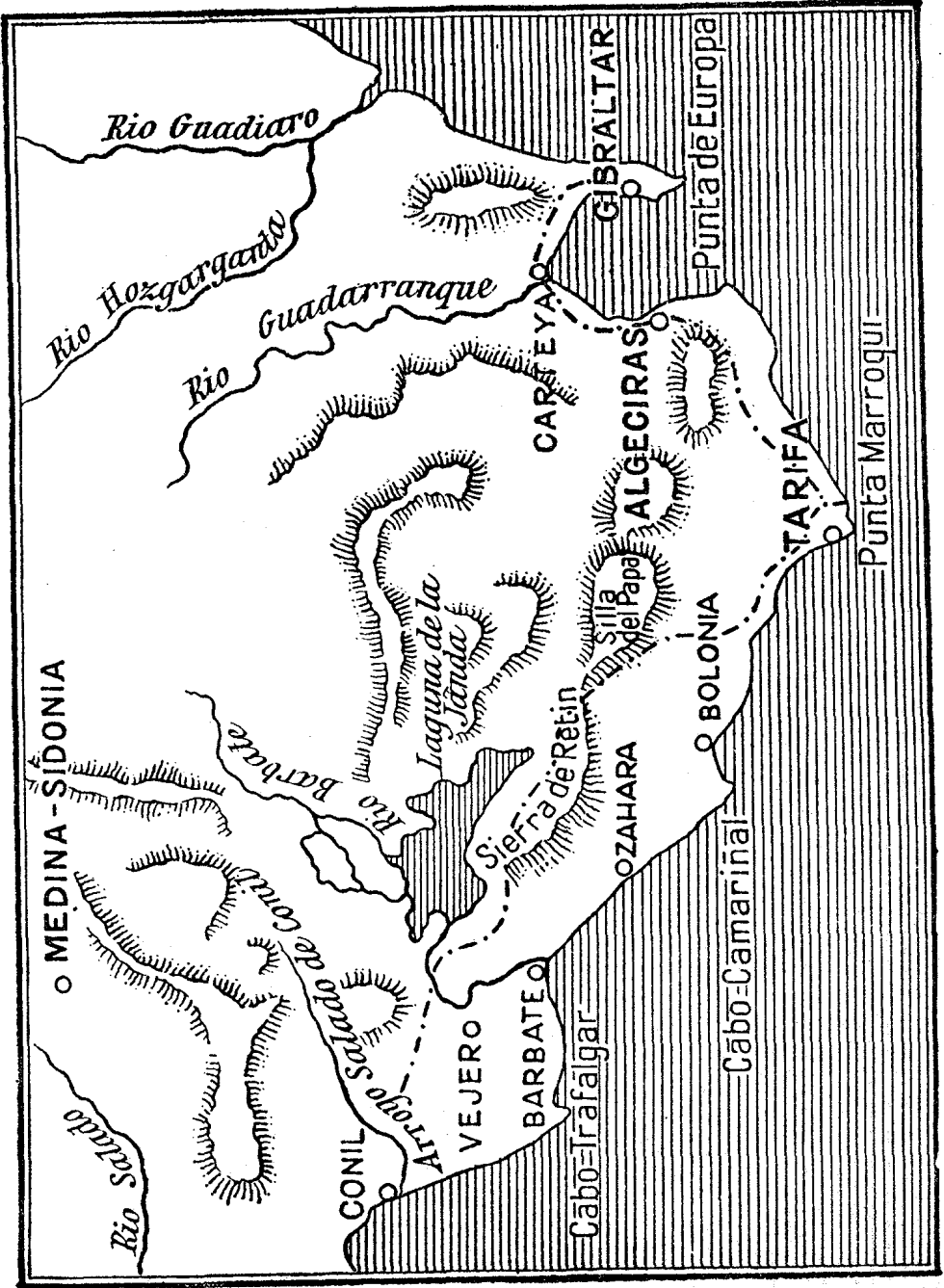
De esta manera es como entendemos que tuvo lugar la batalla del Guadalete.

La defección del ala reclutada por Sisberto, a base de witizianos comprometidos, redujo totalmente sus escasas posibilidades de éxito en el combate. De ahí que, aunque Rodrigo comprometiera íntegramente sus reservas y lanzara su centro al unísono, fuera incapaz de romper las masas de peones enemigos y contrarrestara las reducidas fracciones de caballería de que también disponían.

No debe olvidarse que las tropas allegadas por el conde Julián estaban adiestradas de acuerdo con la táctica visigoda, lo mismo que las fracciones witizianas incorporadas, las cuales, lógicamente presumirían los modos de ataque de las del rey Rodrigo.

Que el rey Rodrigo debió morir en el combate o de resultas del mismo, con su desaparición total, es asimismo factible, puesto que es inconcebible que no se reincorpore, más o menos tarde, sobre sus tropas ni plazas, máxime teniendo en cuenta la posterior resistencia

(15) En SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Cuadernos de Historia de España*, núm. III, en sus capítulos 3 y 4, se condensa la historiografía cristiano-musulmana del hecho.



de sus leales, materializada en la zona bética, con sucesivos escalonamientos en Ecija y Córdoba.

¿Cómo es posible imaginar que ni él ni sus íntimos allegados consiguieran reunirse? ¿Es que cabe justificar durante meses un silencio total sobre su suerte, para de improviso, hacerle resurgir por tierras de Salamanca fronterizas a Portugal, en relatos novelescos, pero sin base alguna?

La figura y persona de don Rodrigo desaparece con la batalla, y los acontecimientos posteriores se desarrollarán sin su influencia.

¿Fue rotundamente decisiva la victoria witiziana del Guadalete que, tras ella, les permitiera redondear sus propósitos?

¿Los refuerzos aportados por don Rodrigo en su leva apresurada y concentrados en Córdoba para organizarse definitivamente, se esfumaron desmoralizados al conocerse la rota del Guadalete?

¿Los íntimos del rey Rodrigo, sus «fideles» encargados del mando de dichas fuerzas, secundaron sus instrucciones de aproximación a la zona crítica, a la que él se había adelantado?

¿En qué grado y medida se desarrolló lo que podríamos calificar de explotación del éxito, tras la victoria witiziana del Guadalete?

De su análisis ponderado cabe extraer el conocimiento de los hechos.

EXPLOTACIÓN DEL ÉXITO

La serie de interrogantes que acabamos de plantearnos tienen cumplida concreción en los acontecimientos subsiguientes. Afirmábamos, como premisa, que la falta de caballería entre los desembarcados fue causa primordial de su escasa penetración, gravada por una lentitud de movimiento que persiste después de la gloriosa jornada... Si el hundimiento del núcleo de tropas de Rodrigo hubiera sido tan total y definitivo como algunos historiadores han pretendido, ningún obstáculo debiera haberse opuesto a la triunfal progresión de los witizianos. Si la caballería árabe y witiziana hubiera sido tan abundante y numerosa como los relatos leyendescos han descrito, conoceríamos sus galopadas sin respiro hacia Córdoba y Toledo. Sin embargo, tales hechos no suceden.

¿Por qué tal retraso o lentitud en la progresión tras la victoria? Indudablemente, por dos razones. Una, porque van a tropezar con la masa de tropas que, desde Córdoba, se han ido adelantando a la zona de la batalla y que, el rey Rodrigo, con su impulso, impremeditadamente, no quiso llevar consigo, fiándolo todo a su valor, audacia y prestigio. La otra, por falta de caballería para realizar en la medida precisa, la explotación proporcionada al éxito inicial. Los mismos testimonios de las crónicas cristiano-musulmanas así lo testiguan (16).

(16) AJBAR MAYMÚA y AHMED ARRAZI dicen: «la fuerza de los musulmanes se acreció al vencer y los infantes pudieron cabalgar y ensanchar así el círculo de

Para Lafuente Alcántara, interpretando las referencias del Ajbar Maymúa, al que siguen Ahmad al Razi y Ibn Idari en su *Bayan al Magrib*, la persecución inmediata se da por un desfiladero que llaman de Algeciras, situado sobre la zona de la Garganta de los Barrios, cercano a dicha localidad.

Fácil es discernir que es de todo punto erróneo situarla sobre dicha zona, ya que equivaldría a situar la batalla, prácticamente, junto a Algeciras, o que, por el contrario, las fracciones visigodas derrotadas han intentado la huida hacia el sur, directamente, lo que les cortaba toda posibilidad.

Para Dozy y otros, dicha persecución tuvo lugar sobre la zona de Jimena y Alcalá de los Gazules (croquis 6), lo que equivaldría, dado que para ellos la batalla se dio entre los ríos Salado y Barbate, a suponer que la huida de los restos de las huestes de Rodrigo se realizó lateralmente, pero oblicuando hacia el Sur, lo que les llevaba a encerrarse más en la zona enemiga y de cara a la zona más abrupta de la serranía, imposibilitando su salvación.

Para Saavedra, a nuestro entender, más consecuente y lógico, la persecución se realiza entre las sierras de Algar o Alajar y la de las Cabras (croquis 6), atenuándose el movimiento de retroceso hacia el Sur, pero con tendencia marcada en dicho sentido.

Tal vez se confunda, lógicamente, los combates parciales a que dan lugar la fragmentación de los pequeños grupos aislados, originados en la confusión del combate, con la persecución propiamente dicha, que, tanto en la antigüedad como ahora, siempre se da hacia adelante, tras los restos del vencido, que pugna por retirarse en el mayor orden posible para salvarse. Y su salvación no puede lograrse internándose más y más sobre la zona enemiga, sino tratando de alcanzar lo antes posible la propia, para respaldarse en sus refuerzos.

Por tanto, dejando a un lado, como labor secundaria, el aniquilamiento de dichos grupos que en su intento de huida pulularían por contornos más o menos alejados de la zona de la batalla y en direcciones dispares, el grueso del ejército witiziano se puso en marcha, en dirección a Ecija, a través de la calzada normal, por la que había desembocado anteriormente el rey Rodrigo.

Es la dirección normal, camino de Córdoba, objetivo inmediato en el que pondrían sus ojos tras el lance victorioso, ya que el ansiado objetivo estratégico definitivo que representaba Toledo seguiría siendo un sueño deseado.

El único obstáculo que podía interponerse antes de su llegada a Córdoba era la plaza de Ecija, en la que, a más de acogerse la mayoría de los fugitivos supervivientes del Guadalete, se habían concentrado las tropas retrasadas que habían quedado en Córdoba.

sus incursiones en la región que atravesaban». Estas afirmaciones iniciales las veremos posteriormente corroboradas, tras la toma de Ecija, con la aprehensión de la caballería goda que, desde entonces, utilizaran los witizianos y pro-árabes.

Hemos visto cómo Ecija constituía el nudo regional de comunicaciones más importante (croquis 3.º), puesto que sobre dicha plaza se cruzaban las calzadas Cádiz-Ecija-Córdoba y la de Algeciras-Medina Sidonia-Morón-Ecija-Córdoba, además de partir de ella las transversales de los parajes intermedios. Esta importancia de la antigua Astigi (17), la constituía en el tapón que obstruía el acceso a Córdoba, y en la llave de comunicaciones regionales, a escala similar pero superior a Arcos, respecto a su contorno.

En consecuencia, por conjuntarse sobre ella los restos de supervivientes del Guadalete con los refuerzos llegados de Córdoba, los leales al rey Rodrigo dan su verdadera batalla, tal vez esperanzados con su reaparición.

Y así, cuando llegan a sus alrededores los witizianos victoriosos, encuentran feroz resistencia. Resistencia, que lógicamente, se daría por los exteriores de la plaza, pero después, encerrados tras sus muros.

Si la victoria del Guadalete hubiera sido tan decisiva y tan total, ¿cómo es posible justificar la resistencia de casi un mes que dura el asedio?

¿De dónde sacarían los leales al rey Rodrigo las fuerzas necesarias para detener a los invasores? Si la derrota del Guadalete hubiera sido tan total, y con una persecución inmediata por parte de los vencedores ¿iban a ser los restos derrotados y desmoralizados con la pérdida o desaparición de su rey los que formalizaran una resistencia de tal calibre?

Ya que, además de mantenerse el asedio por casi un mes, la plaza de Ecija no cae tras el asalto consabido, sino mediante capitulaciones que se logra con los pormenores de respetar y mantener los usos, costumbres y privilegios normales de nobles y población visigoda, aunque luego se incumplieran (18).

Con esta capitulación de Ecija se inicia la serie de pactos con los que irían logrando la sumisión de los gobernadores y nobles visigodos afectos a Rodrigo, puesto que, desde entonces, entra en juego la idea witiziana de seguir asegurando ser una simple lucha dinástica y que los árabes son aliados circunstanciales que, tras asegurar su botín, regresarían (19).

Al ser generosos en la transacción de estas capitulaciones, se acrecentaba la confianza, eliminándose posibles resistencias que, el ignorado paradero del rey Rodrigo, facilitaba.

(17) Ver *Vías romanas de Andalucía*, de BLÁZQUEZ, así como los *Discursos*, de E. SAAVEDRA, en la *A. de la Historia* (1862), y SAAVEDRA, en *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*.

(18) XIMÉNEZ DE RADA: *Capítulo 23*.—Cronicon Pacense, núm. 36.—Ajbar Maymúa—Al Waquidi.—Ibn Habib.—Ahmad al Razi.—Ibn Idari.—Al Maqqari.

(19) *Crónica del moro Rasis*, núm. 12.—LEVI PROVENÇAL, en *E. Musulmane Xº sicle*, pág. 33.—*Bugyat. al-mutamis fi-l-tarif ahl al Andalus*, de AL DARBI (véase traducción de CODERA, pág. 259).

Que esta resistencia debió ser, no sólo fuerte e intensa, sino amplia, lo prueba el hecho de que el ejército witiziano queda fijado por entero sobre la plaza, sin avanzar sobre Córdoba, aunque quedara importante fracción manteniendo el asedio. Este dato es de fundamental interés, puesto que en la etapa posterior, sobre Córdoba, no se realiza así, sino que destinan la fracción conveniente para eliminar la última resistencia y el resto marcha hacia Toledo.

La incertidumbre sobre la suerte acaecida en la persona de Rodrigo es indudable debió ser factor importante que gravitaría sobre la prolongación de su esfuerzo. De ahí que, ante la tentación de capitulaciones ventajosísimas, decidieran no prolongarlo, accediendo a la entrega de la plaza.

Es aquí, en Ecija, con su capitulación, conseguida ante la incertidumbre de la supervivencia de su rey y la tentación de unas engañosas capitulaciones, donde se entierra, a nuestro parecer, la resistencia visigoda afecta al rey Rodrigo.

Será a partir de aquí cuando podamos hablar de auténtica explotación del éxito, de anulación de resistencias, de desmoralización colectiva, de desorganización general. Prácticamente, tras Ecija, el mantenimiento de la monarquía visigoda es una entelequia, una ficción que se esfuma por momentos. Los restos del ejército que la mantenían se han disipado con la capitulación.

Concedores del hecho y de su trascendencia, los jefes pro-árabes ordenan movimientos acertados, con vistas al derrumbamiento total.

Persuadidos de la importancia de la situación de Ecija y de la acción que, por los flancos, pudieran realizar partidas o grupos más o menos importantes de los allegados en la región, el Conde Julián recomienda a Taric fracción y destaque columnas móviles en dirección a Málaga y Granada. Esta maniobra que con tanta profusión ha sido recogida por los cronistas (20), debe ser contrastada con ponderación.

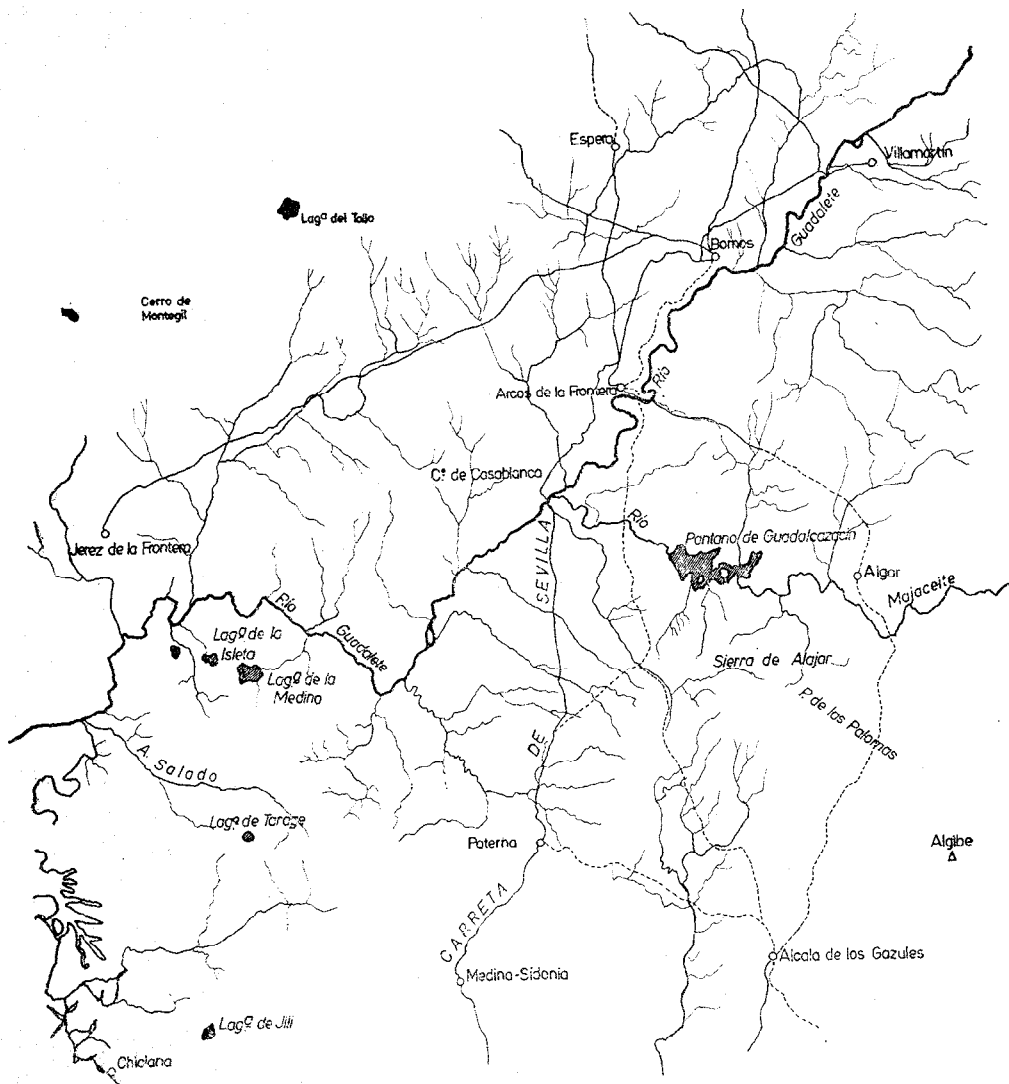
No consideramos, en absoluto, que estas columnas pudieran tener importancia considerable, ya que, de ser así, debilitarían el grueso que tenía como objetivo estratégico Toledo.

Su intención no podría ser otra sino la de cubrir el flanco oriental de marcha, inmovilizando así las posibles fuerzas visigodas que intentaran subir a Córdoba, aprovechando las vías secundarias, a caer sobre el grueso que marchaba por la calzada general.

No obstante la general coincidencia de los cronistas en reflejar el hecho, debe acogerse con grandes reservas la culminación de dichas maniobras de protección, que algunos han querido concluir en las tomas respectivas de Granada y Málaga, que lo fueron con mucha posterioridad (21).

(20) Los consejos del Conde Julián se hallan muy recogidos, por casi todos los cronistas. XIMÉNEZ DE RADA, *Capítulo 23.—Ajbar Maymúa. Ahmad Arrasi*, traducción de FAGNAM, págs. 14-15.—*Al Maqqari*, pág. 180, etc.

(21) Se ocuparon en la campaña de Abd al Alach, hijo de Muza. Ver a este



Zona de la batalla del Guadalete según Sánchez Albornoz.

Y es ahora, en la marcha sobre Córdoba, cuando se refleja con entera claridad el aprovechamiento del éxito, al lograr convertir en fuerzas de caballería diversas fracciones de las tropas witizianas. Los relatos de las diversas crónicas se suceden pormenorizando el

efecto *Ihata fi-l Tarif Gaznata*, de IBN AL JATIB y AHMAD AL RAZI, trad. de GÓMEZ MORENO.

hecho, (22), fruto lógico y consecuente al desmoronamiento acaecido en Ecija. La fijación por completo frente a la plaza, su inmovilización, el mantenimiento íntegro de los efectivos, así lo atestiguan.

Con la capitulación los witizianos y sus aliados ponen en acción las medidas que comentamos: fragmentación de sus efectivos, con miras de protección, para no debilitar en exceso el grueso, formación de núcleos de caballería con los caballos cogidos en Ecija, para así imprimir velocidad al ataque y marcha sobre Córdoba y aprovechamiento total de la desmoralización, con seguridades engañosas traducidas en ofrecer capitulaciones por doquier.

Es indudable que el mentor de todo ello fue el conde Julián, conocedor experimentado de la psicología visigoda, y que, atrayéndose a su causa a los nobles que quedaran por los lugares de paso, sabía positivamente concluido todo amago formal de peligro, puesto que la punta de lanza que constituían sus fuerzas, hasta entonces victoriosas, no podía constituir la seguridad del triunfo de su seguridad.

Asegurando, pues, los flancos, especialmente el oriental, y reforzando el grueso con los núcleos de caballería formados (23), se dibuja el nuevo capítulo que rematará el victorioso y fructífero asedio de Ecija.

Córdoba

El asedio de Ecija, prolongado más de un mes, concluyó, como sabemos, con la capitulación de la plaza y los nobles leales a Rodrigo, iniciándose con ello la serie de pactos o capitulaciones que irían esmaltando los compromisos de sumisión a los witizianos de los nobles adictos a Rodrigo. Esta faceta de los compromisos, de los que el más

(22) Ver notas 51 y 54.

(23) «Ya has concluido con España, divide ahora tu ejército, al cual servirán de guías estos compañeros míos y marcha hacia Toledo...» «Envió a Moguibs ar Romi a Córdoba..., mandó otro destacamento a Rayya, otro a Granada, capital de Elvira, y se dirigió él hacia Toledo con los más de sus fuerzas». (Del *Ajbar Maymúa*, trad. de L. ALCÁNTARA).

«Entonces el conde Julián aconsejó a Taric que repartiésemos los combatientes de su ejército devastara España por diversas partes y él haría que sus cómplices con su guía y auxilio ayudaran a los árabes. Entonces Taric envió a uno que de cristiano se había hecho sarraceno, que se llama en árabe Moguib Arromi, que llevó consigo 700 soldados y marchó a Córdoba. Apenas entre los árabes se encontraba alguno de a pie, pues con los caballos de los godos, los soldados de a pie, lo eran ya de caballería. Y envió otro ejército contra Málaga y Granada» ... XIMÉNEZ DE RADA, *Capítulo 23*.

... Y envió a Moguib ar Romi a Córdoba con 700 caballeros, sin ningún peón, pues no había quedado musulmán sin caballo». Del *Ajbar Maymúa*. En la crónica de AHMAD AL ARRÁZI, trad. de FAGNAM, t. II, págs. 14-15, se lee «De Ecija, Taric envió a Moguib a Córdoba..., el jefe tenía con él 700 jinetes y ningún infante ya que se habían montado todos...».

AL MAQQARI, dice: «... Taric mandó a Moguib Ar Romi a Córdoba con 700 caballeros porque los musulmanes montaban ya los caballos de los cristianos y no habían quedado ningún infante y aún habían quedado caballos...» (pág. 180).

resonante y conocido fue el firmado con el Conde Teodomiro, gobernador de la región de Murcia, y cuyo punto de arranque le vemos en Ecija, complementaba maravillosamente la secreta ambición y codicia arábica, a más de secundar el ingenuo pensamiento witiziano de seguir considerando a los árabes como circunstanciales aliados.

Militarmente considerado, el asedio de Ecija encierra una importancia excepcional, pues en él fueron denotadas definitivamente las fuerzas leales a Rodrigo.

Cabe decir que dichas fuerzas constituían la auténtica reserva y refuerzos levantados por el rey Rodrigo en su leva apresurada. Y que, sin tanta impetuosidad, impaciencia y demás circunstancias que rodearon los acontecimientos, hubieran podido ser utilizadas en su conjunto, como masa única, sobre cualesquiera de los lugares de la zona o ruta, y es muy posible que su rendimiento y resultados en los hechos de armas hubieran podido ser muy distinto.

Al fraccionarse y presentar batalla en las condiciones de desmoralización que supondría el desconocimiento total de la suerte del rey Rodrigo, el hundimiento fue definitivo.

Al desaparecer la resistencia de este núcleo de fuerzas, verdaderamente reunidas y potencialmente las únicas concentradas para hacer frente a las circunstancias, era fácil suponer que no podría encontrarse nuevas resistencias comparables.

Desconocemos las dificultades de asedio de Ecija. Es decir, si los combates llegaron a límites de dureza que supusiera la pérdida de gran número de combatientes. Pero tal desconocimiento no reviste importancia de ningún género, pues las ventajosas y políticas condiciones de rendición inclinaron la balanza en favor de los asediados. Recordemos que a los nobles godos se les mantenía sus prerrogativas, se les respetaban sus bienes y se les seguía manteniendo sus prebendas de clase.

Con ello, ante su sometimiento y el de sus fuerzas vinculadas, mermadas en mayor o menor grado, desaparecían los obstáculos y el camino se ofrecía libre para los witizianos.

De aquí que consideremos como secundario el que los combates fuesen de mayor o menor envergadura, puesto que al pactar se desmoronaban las resistencias que ya no se interpondrían en el ansiado y codiciado camino de Toledo.

A partir de Ecija es cuando, de verdad, se imprime velocidad al avance, y éste se convierte en auténtica explotación del éxito.

La batalla del Guadalete, tan temida por los witizianos, como se revela por el movimiento general de retroceso que realizaron para estar próximos a su zona de desembarco y comunicaciones, y tan impremeditadamente provocada por el rey Rodrigo, sin llevar consigo el grueso de sus tropas, ni darles el respiro necesario, en su afán y confianza de batir a sus enemigos, al igual que había realizado en las primeras luchas dinásticas, no podemos considerarla como hecho

de armas decisivo y trascendente para marcar el hundimiento de la monarquía visigoda.

Los nobles visigodos que pactan con el enemigo representan el sumando más importante para el triunfo de los nuevos y enmascarados conquistadores de la península Ibérica.

De ahí que la marcha hacia Córdoba se convierta en la explotación del éxito tan codiciado por los witizianos, y que el conde Julián, de acuerdo con los demás caudillos, aproveche al máximo, transformándolos en rápidas unidades de caballería, gran parte de sus núcleos selectos.

La precaución de cubrir el flanco oriental con las columnas que llevan la dirección de Granada, Málaga, etc., no restan velocidad ni importancia al grueso, ya que, entendemos, no pasaron de ser simples columnas móviles con fines de observación y cobertura, cubriendo al grueso de las partidas aisladas y propalando el éxito de Ecija.

Esta atracción engañosa, de que tan profundamente hablan las crónicas, debió jugar baza definitiva en una región desmoralizada que conocía por sí misma la noticia de la derrota y la muerte de su rey.

Si a eso añadimos la penuria que atravesaban, por el hambre, peste y sequía, y su indiferencia ante el episodio de contemplar una lucha dinástica, fácil resulta comprender la pasividad general ante un hecho que iba a transformar la Historia...

Ahora bien, ¿fueron el conde Julián y Taric, con su grueso, directamente a Córdoba? Por el contrario, y para evitar la repetición de la detención frente a la plaza, al igual que lo ocurrido en Ecija, ¿realizaron una eficaz maniobra de envolvimiento que facilitara la rapidez de su progresión? Así se desprende del estudio atento de los relatos de las crónicas y de los lugares de paso.

Conscientes de la importancia del éxito de Ecija y de que no era probable tropezar con un nuevo cuerpo de fuerzas organizadas leales a Rodrigo, con intención cierta de imprimir rapidez al avance, fraccionan la masa atacante en dos columnas.

Una de ellas, lógicamente minoritaria, que se encamina a Córdoba, directamente, por la calzada principal Ecija-Córdoba, y la otra, en la que van Taric y el conde Julián con la mayor parte de sus efectivos, que se orientan por la calzada secundaria que discurre por debajo de Córdoba, paralela al Guadalquivir, para enlazar en Jaén y Mentesa Bastia, con la que desde Guadix (Acci) llegaba a Castulone (Linares) (croquis núm. 3).

Con este movimiento sagaz, que evita la posible detención del grueso sobre Córdoba, se evidencia el conocimiento de la situación, tras Ecija; pues de no tener noticia de que ha sido batido el grueso de leales a Rodrigo, y que las resistencias a encontrar deberían revestir poca importancia, no es lógico suponer que los witizianos fraccionaran su cuerpo de tropas.

Si hasta Ecija, tras el Guadalete, el cuerpo invasor fue conjunto, dado el convencimiento que poseían de su inferioridad, un cambio

táctico en el empleo y orientación tan radicalmente diferente del hasta entonces seguido no puede operarse sin el conocimiento de la realidad. Y la realidad no podía ser otra, sino que el grueso visigodo leal a Rodrigo había desaparecido.

Así, pues, vemos cómo se presenta ante Córdoba la fracción mandada por Al Mugayt, único jefe citado por la historiografía general, quien, tras sofocar la resistencia exterior de la plaza, tuvo que resolver la que en el interior se prolongó con el grupo de los 400 agrupados junto a su gobernador.

Los relatos que hacen referencia a las indicaciones suministradas por el pastor para penetrar por el punto débil de las murallas, así como las ayudas de la minoría judía, abreviaron el plazo de la entrada, pero en ningún momento representaron baza definitiva por la suerte de la plaza.

Si en verdad los contingentes visigodos leales a Rodrigo hubieran sido de importancia, bien por no haberse trasladado su totalidad a Ecija, bien por haberlos levantado por la región cualesquiera de sus nobles, bien por haber seguido afluyendo desde Toledo, es indudable que la resistencia en Córdoba hubiere sido a tenor de cuanto la plaza representaba, al ser la capitalidad de la región bética en su engarce con la región de Toledo, capital de la monarquía visigoda.

Por su asentamiento, por el lugar de comunicaciones y por constituir la antesala y último bastión que cerraba el paso, debería haberse defendido con una amplitud, y determinación vigorosa. Pero tal hecho no ocurre por la sencilla razón de que no existen ni fuerzas, ni nobles, ni pueblo en general que secunde tales iniciativas.

No quedan más que los grupos locales con sus jefes inmediatos, que ante el desconocimiento general existente no han sabido todavía buscar su salvación en la huida. Son dichos grupos locales, sin base ni refuerzos los que presentan lucha y serán fácilmente aniquilados.

Y así cae Córdoba ante el destacamento de Al Mugayt (24).

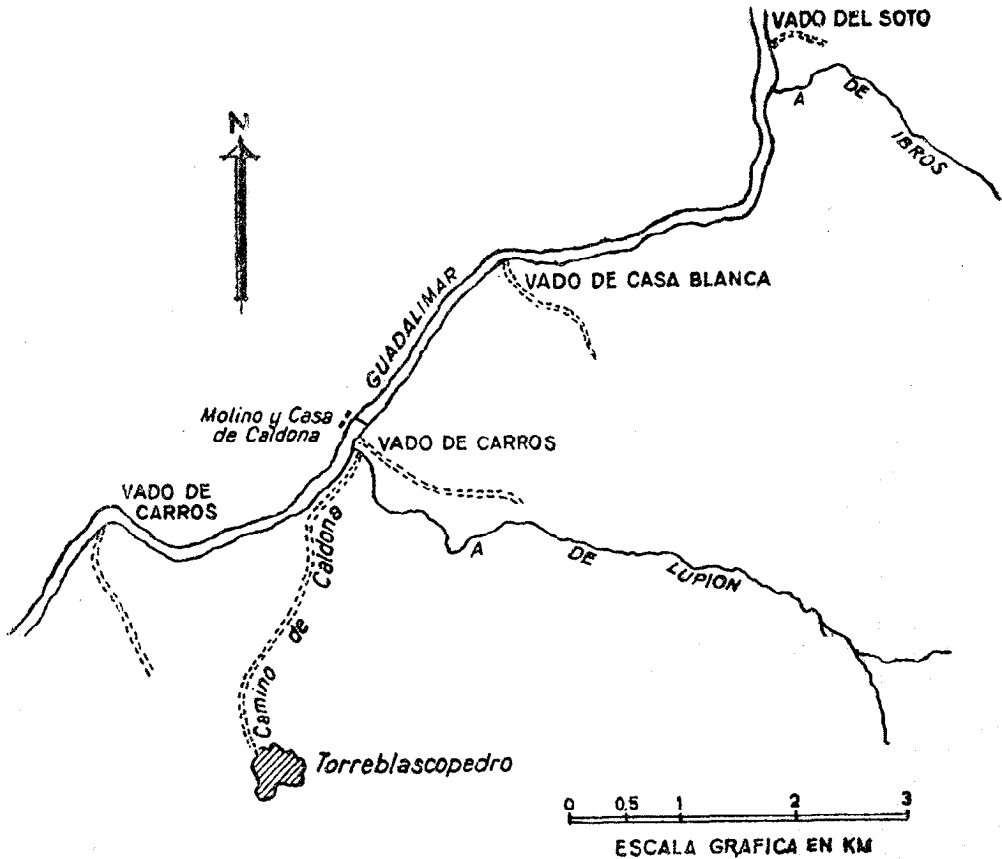
EL PASO DE LA MARIÁNICA

Hemos visto cómo la destrucción y sumisión del grueso de las fuerzas leales al rey Rodrigo, tras el Guadalete y Ecija, han permitido el fraccionamiento de los efectivos invasores y la maniobra sobre Cór-

(24) Ver IBN AL-QUTIYA, AL MAQQARI, ABD AL-HAKKAN, AL HYYARI. La capitulación de Córdoba tiene datos precisos, situándose por AL MAQQARI y AL HYYARI en los finales de agosto del 711.

«La gente principal había marchado a Toledo, dejando en la ciudad el gobernador con 400 defensores y la gente de poca importancia», dice el AJBAR MACH-NUA. AL MAQQARI lo refiere así: «la gente principal de Córdoba se había marchado a Toledo quedando allí el gobernador con 400 caballeros encargados de la defensa de la ciudad y la gente inútil», al igual que Aben Adari, en su Al Bayano, Al-Mogrib.

doña, para la que se envía un destacamento secundario encargado de conseguir el hundimiento de la posible resistencia y mantener el sitio, liberando de este cometido al grueso que de esta manera marcharía hacia Toledo, objetivo estratégico definitivo.



Itinerario del paso de la Mariánica, según Hernández Giménez.

Este cambio tan definitivo en el empleo de las tropas que hasta entonces habían mantenido cohesionadas, en un sólo cuerpo de batalla, se debe exclusivamente al convencimiento de que en Ecija han sido batidas y sometidas las fuerzas disponibles a favor del rey Rodrigo.

Este conocimiento y convicción es el que permite decir al conde Julián sus recomendaciones a Taric, tan profusamente recogidas y comentadas y a las que hicimos oportuna referencia (23), cuyas realizaciones en el discurrir de las operaciones, tras Ecija, se concretan en las columnas móviles para asegurar el flanco oriental, en dirección

Granada y Málaga, en el cuerpo de tropas al mando de Al Mugayt, lanzado hacia Córdoba, mientras el grueso de las fuerzas rebeldes e invasoras inicia veloz marcha hacia Toledo aprovechando la calzada secundaria que discurría bajo el Guadalquivir.

Esta calzada secundaria, que como otros caminos de este tipo confluyen y parten de Ecija, nudo regional de comunicaciones a la sazón, discurría desde Ecija-Ad Aras-Ulia-Castro del Río-Martos-Jaén-Mentesa Bastia (La Guardia), en donde se cruzaba con el tramo final de la calzada que desde Acci (Guadix) llegaba a Castulone (Linares), punto éste importante en el orden local, ya que desde Castulo salían los caminos que atravesaban la Mariánica bifurcándose para la Mancha y Valencia, además de otros que oblicuaban hacia Córdoba (croquis núm. 3).

Es indudable que la realización de esta marcha es un acierto de probado conocimiento y eficacia, que revela un aprovechamiento total de la situación, situación que es fácil conjeturar de hundimiento psicológico y desconcierto general.

Ante el virus del desconcierto existente en las filas godas, es lógico suponer que la marcha emprendida se realice sin contratiempos de importancia, y que los posibles núcleos de resistencia que encontrarán no fuesen más que locales y fácilmente aniquilables o absorbibles.

De este movimiento por la calzada Martos-Jaén-Mentese constituía primordial objetivo alcanzar el punto final, Mentese, por su gran importancia de comunicaciones, ya que, con ella, no sólo se dominaba y cubría el flanco oriental en dirección Guadix, sino que al proseguir hacia Castulo (Linares), se volvía a la calzada general, la llamada vía de Aníbal, camino de Toledo.

De esta manera, y cuando Córdoba cayera, el destacamento allí enviado no tendría sino seguir la calzada general que desde Córdoba discurría por Epora (Montoro) y por Iiliturgis (Andújar) llegaba a Castulo o Castulone, continuando a Toledo, como veremos (croquis núm. 3).

Aun cuando la resistencia de Córdoba se prolongara y no fuera posible dicha incorporación de refuerzos, podían cortar la calzada general y con su movimiento ascendente, en dirección Toledo, taparían los hipotéticos refuerzos que una posterior reacción de la corte pudiera realizar, y que no tuvieron lugar ante el desmoronamiento general.

Han existido dudas y falsas apreciaciones en algunos comentaristas historiadores respecto a la ubicación de Mentesa, confundiendo la Mentesa Bastitana, que es la situada junto a la Guardia, arriba de Jaén, y que es el auténtico punto de dirección y final de la calzada secundaria seguida, con la Mentesa Oretana, ubicada en Villanueva de la Fuente (Ciudad Real), en las cercanías de Montiel (25), y que

(25) SAAVEDRA, en *Estudio sobre invasión*.—FERNÁNDEZ E HINOJOSA, en *Los pueblos germánicos* XIMÉNEZ DE RADA, Cap. XXIII.—AL-MAQQARI, en su *Cr. Ara I*,

lógicamente cae por completo descentrada con respecto al eje de marcha seguido.

El problema que se plantea al investigador y comentarista es el de precisar el sitio y dirección por donde el cuerpo witziano victorioso se orientó para acometer el paso de la Mariánica y penetrar hacia la cuenca del Tajo, por el sur de la misma, puesto que tras la consolidación de la conquista arábiga, el paso principal para atravesar Sierra Morena y llegar desde Córdoba a Toledo se orientó por Hojalera, Fegrabaen y el Puerto del Milagro, puntos todos ellos generalmente citados en las crónicas de los siglos XII y siguientes.

Pero antes existieron otras rutas sobre las que se ha centrado el interés de los investigadores. Recientemente han sido dados nuevos datos al respecto por el profesor Hernández Giménez (26), cuyos datos esenciales reproducimos por entender son los que más se ajustan a la verosimilitud del hecho.

Apoyándose en la serie de relatos de diferentes épocas y episodios acaecidos poco más de medio siglo de la conquista y otros posteriores, que pormenorizan diferentes autores árabes (27), por eliminación sitúa los dos vados existentes sobre el río Guadalimar, en las proximidades de la ciudad de Castulo o Castulone, llamados «Vado de los Carros» y «Vado de Casablanca», así como otro más secundario, situado aguas arriba, llamado «Vado del Soto», de menor capacidad (croquis 7).

Todos ellos se ubican sobre el curso del río Guadalimar y sobre el del arroyo Lupión, que llegan junto a Bejigar, y por el Barranquillo dan en el Guadalquivir, a un kilómetro aguas abajo del Puente del Obispo.

Con relación a dichos vados, ubicados en el río Guadalimar, junto a la ciudad de Castulo o Castulone, es decir, en el término de Linares, existe coincidencia de apreciación tanto en la crónica arábiga *Ajbar Maymúa*, así como en la *Historia de la Dominación de los árabes en España*, de Conde (28), aunque Levi-Provencal disiente en cuanto a la traducción del topónimo.

La abundancia de pruebas aducidas a este respecto por el profesor Hernández Giménez en el trabajo de referencia, dan cumplida respuesta y sientan la diferencia de apreciación en la correspondencia del nombre.

Así, pues, el llamado «Vado de la Conquista» o «Vado de la Victoria», como genéricamente vino llamándose el lugar de paso del río en la ruta que recogía el tráfico del sur, para desembocar en Castulo,

181.—SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Crónicas de Historia de España*, núm. X, y demás Bibliografía citada en la nota 55.

(26) FÉLIX HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, en «Revista Al-Aldalus», vol. XXIX, fasc. I, páginas 1 a 20.

(27) *Ibid.*

(28) *Ajbar Maymúa*, trad. de LAFUENTE ALCÁNTARA, índice geogr. P. 264 A. CONDE, en *Historia de los árabes en España*, t. I, págs. 206 y 207.

DOZY, en *Histoire des Musulmans d'Espagne*, trad. de E. LEVI-PROVENCAL, tomo I, pág. 199, núm. 1.

se ubicaba a unos seis kilómetros, a mediodía de la actual estación ferroviaria Linares-Baeza, sobre el río Guadalimar (croquis núm. 7).

Por tanto, el episodio inicial de paso de la divisoria del Guadalquivir a la cuenca del Guadiana, para traspasar posteriormente a la del Tajo, se efectuó muy tangencialmente a la actual vía férrea general de Andalucía, en orientación clara y lógica para alcanzar la calzada general que desde Córdoba por Castulo subía por Vilches a Mariana, Laminium, Murum, Consaburum, Toledo.

La afirmación concreta de Saavedra, en el sentido de considerar que la marcha de Taric debió discurrir íntegramente a través del trazado de la actual línea férrea general de Andalucía, no puede tomarse literalmente, dado que existirían bastantes tramos con desniveles fuertes y sucesivos obstáculos que, aunque hoy día allanados y suavizados, en aquella época representarían notables diferencias de nivel.

Ante el desmoronamiento general y el deseo de imprimir velocidad al avance, lo lógico y verosímil es presuponer que Taric utilizaría un camino, de los varios existentes, para traspasar la cordillera por cualesquiera de los puertos de la misma.

¿Qué rutas posibles se ofrecen para traspasar la divisoria?

La importancia que en toda época representa el paso de una divisoria, impone que, más o menos lentamente, en el tiempo, se vayan abriendo diferentes rutas o caminos cuya importancia de utilización va cambiando, según las circunstancias políticas, mercantiles, etc.

De aquí que el paso de la *kura* o provincia de Jaén al alfoz de Toledo, atravesando Sierra Morena, esté diversificado a lo largo de la historia.

Sintetizando las diversas rutas históricas, muy cerca de las que de algunas se realizó el tendido actual de la línea férrea general de Andalucía, en cuyos trabajos previos existen abundantes testimonios de las calzadas romanas existentes a la sazón, exponemos las vías utilizadas.

A través de las mismas podemos apreciar las variantes de dichas rutas, y que, como decimos, han tenido mayor o menor importancia de utilización a lo largo de la Historia (croquis núms. 8 y 9).

De izquierda a derecha aparecen: el itinerario número uno, en dirección al Puerto del Muradal, atravesando las Navas de Tolosa y El Viso del Marqués.

El itinerario número dos, arrancando desde los vados de Cazlona, tan pormenorizados anteriormente, va por Vilches y Aldeaquemada al Puerto de las Carretas y Santa Cruz de Mudela.

El itinerario número tres, prácticamente discurre, hasta su mitad, coincidente con el número dos, bifurcándose a partir del Castillo de Torre Albert, enfilando hacia Torre Nueva a través de un pequeño puerto situado unos dos kilómetros al Este del vértice Cambrón.

El itinerario número cuatro era el que por el puerto de Iznatoraf atravesaba Santisteban del Puerto, y por la Venta de los Santos y

Venta Quemada faldeaba el V. Montizón, para cuya defensa se erigió el castillo de Montizón complementando a la que realizaba desde la Torre de Juan Abad. De este camino, utilizado muy frecuentemente desde la época romana, es el que nos habla Quevedo en su referencia al viaje de Felipe II (29).

Si nos ceñimos a los itinerarios I, II y III, con puntos de arranque similares, observamos que desde la cota de 250 metros, de los vados del Guadalimar descritos, se asciende y se sobrepasa la cota de 1.000 metros en cualesquiera de los puertos de dichas rutas, para descender a los 700 metros existentes en la llanura manchega, donde desembocan.

Es verdaderamente interesante comprobar cómo el trazado de la actual línea férrea general a Andalucía y la carretera nacional a la misma región, están sobre los itinerarios I y II, dejando a un lado la cuenca del río Guarrizas, sobre cuyo borde discurría la ruta número II.

Si tenemos en cuenta que desde la consolidación del dominio visigodo en la península y su establecimiento en Toledo, como capital, fueron ganando importancia los itinerarios I y II, incluso su variante, que es el III, por orientarse más directamente entre Toledo, puerta de Castilla y capital de la monarquía y Andalucía, Bética a la sazón, el itinerario número IV, por Iznatoraf, aun siendo el más general, debía verse menos frecuentado.

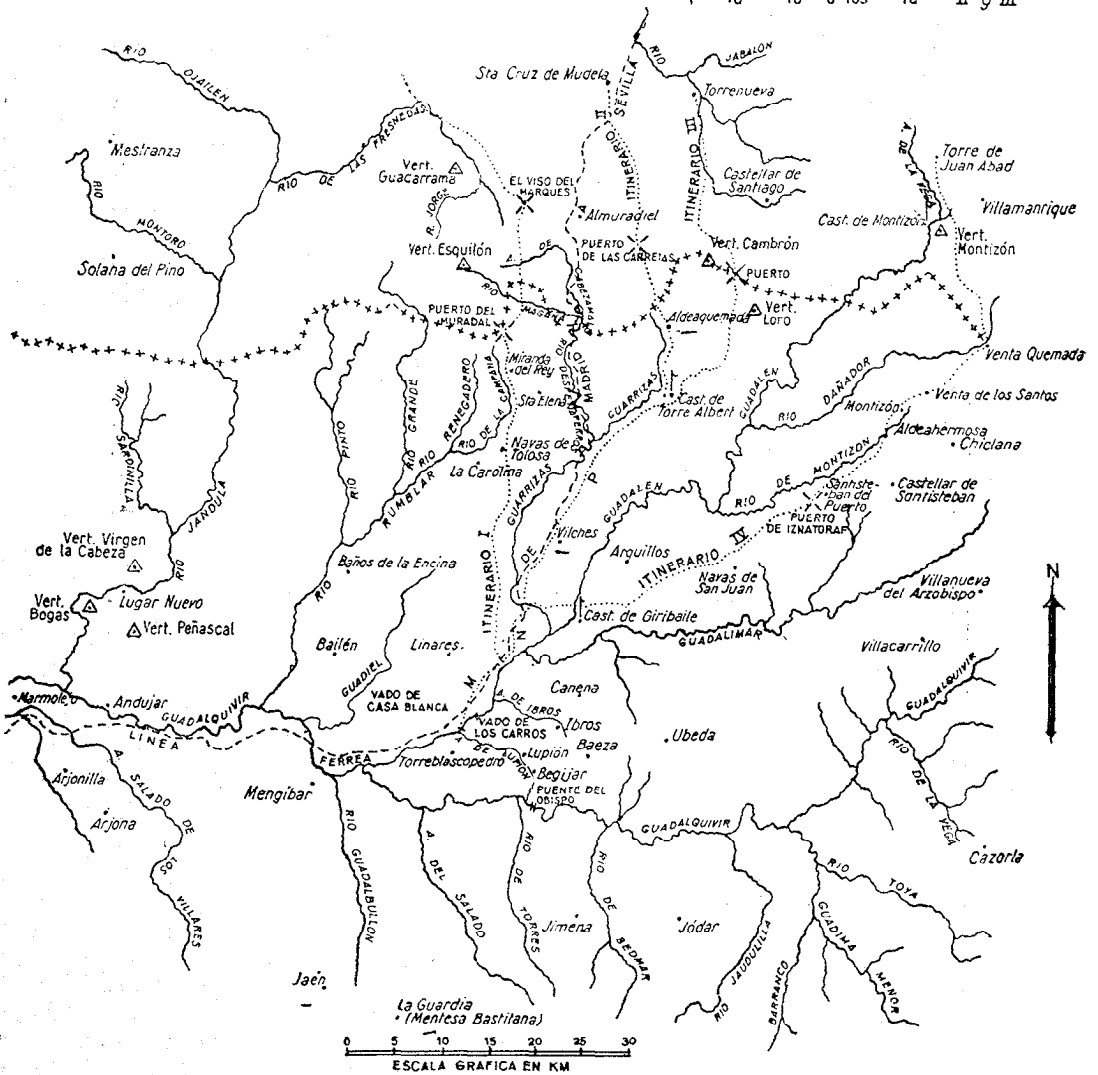
Este itinerario número IV era por donde discurría la primitiva calzada general romana, que tuvo su importancia histórica a través de las luchas entre romanos y cartagineses, conociéndosela, desde entonces, como «Vía de Aníbal», por haberla utilizado el Caudillo cartaginés en sus desplazamientos.

Esta «Vía de Aníbal», prolongación de la «Vía Augusta», procedente de Córdoba, se bifurcaba desde Andújar para pasar por Vinueva de la Reina, Espeluy y Menjíbar, cruzando aquí el Guadalquivir y dirigiéndose por Javalquinto iba a Tovaruela y Linares. En este término, que es el de la antigua Cazlona, Castulo o Castulone atravesaba los vados existentes entre los ríos Guarrizas y Guadalén, dirigiéndose por Vilches, Arquillos, Navas de San Juan, Santisteban del Puerto, Montizón, Villamanrique, Puebla del Príncipe (antigua Mariana), Barranco Hondo a Lamini (Lagunas de Ruidera, la llamada Colgada). Lateralmente a Mariana y algo más arriba quedaba la Mentesa Oretana, hoy Villanueva de la Fuente, que es la Mentesa errónea que situaron algunos historiadores al describir el paso de Taric por la misma.

Precisamente desde términos de Arquillo arrancaba la desviación de esta vía romana, que por Vilches va a Aldeaquemada, constituyendo el itinerario número II, así como la variante del III que, más arriba,

(29) Epistolario de Quevedo: *Carta al Marqués de Velada y de S. Román*, en *Bibl. de Autrs. Esp.* t. XI, VIII, págs. 251 a 254

M - Tramo común a los itinerarios I a IV
 N - id id a los id II a IV
 P - id id a los id II y III



Paso de la Mariánica según Hernández Giménez.

se bifurca en Torre Albert, y de los que Madoz da cumplida referencia (30).

(30) MADUZ, en *Diccionario Geográfico e histórico de España*, 1850.

Si estos itinerarios son los que unen más directamente Toledo con la Bética y el objetivo de Taric era el de alcanzar Toledo lo más rápidamente posible, por ahí se encaminó, dada la natural importancia en esa época de dichas rutas y su pensamiento y circunstancias.

El hecho de que los itinerarios I y II sean por la misma cuenca, a ambos lados del río Guarrizas, con desemboque final casi coincidente, puesto que entre El Viso del Marqués y Almuradiel, la distancia es tan sólo de ocho kilómetros, inclina a suponer eran los verdaderamente utilizados, puesto que la variante del III, es con miras locales y desembocar hacia la llanura de Infantes, es decir, al lado oriental una vez traspasada la vertiente (31).

En consecuencia, y según todos los datos disponibles, Taric utilizó el itinerario número II, por Vilches y Aldeaquemada, para desembocar por la actual Santa Cruz de Mudela y alcanzar nuevamente la calzada general en Murum (Villarta de San Juan), puesto que a través de la llanura Manchega existen variados caminos de tiempo inmemorial para enlazar con las rutas generales.

Es la única ruta que se ofrece para ir directamente hacia Toledo, ganando tiempo, como era la pretensión de Taric, al amparo del desmoronamiento general. Ya que de seguir la «Vía de Aníbal», por su trazado normal habría desembocado en la Mentesa Oretana, con un desvío considerable y una pérdida de tiempo incompatible con sus propósitos y circunstancias de hundimiento.

Descartamos, pues, que para alcanzar la calzada general que se encaminaba en la dirección de Toledo, se dirigiera, una vez traspuesto el Puerto de las Carretas, y en movimiento lateral acentuado, hacia la Mentesa Oretana-Lamini (Lagunas de Ruidera, la llamada Colgada).

Resulta a todas luces incomprensible, por el alargamiento de distancia, pérdida de tiempo, ausencia de resistencias y pensamiento de dirigirse directamente a Toledo. Tan sólo el error de algunos autores, antedicho, de confundir la Mentesa Bastia (junto a Jaén), con la Mentesa Oretana (Villanueva de la Fuente), indujo a los mismos y otros historiadores a suponer dicho itinerario.

Es más, no entenderíamos cómo Taric realizó el paso de la Mariánica por el camino más directo y suave, como es el itinerario número II, por Vilches y Aldeaquemada, para, posteriormente, deshacer lo ganado orientándose a Lamini.

Si no sigue desde un principio la «Vía de Aníbal», y se aparta de la misma en la bifurcación de Vilches-Arquillos, ¿qué circunstancias imprevistas le pueden obligar a realizar un alargamiento tan considerable?

Para nosotros es evidente que el pensamiento que preside la marcha de Taric desde Ecija no sufre variación, por la sencilla razón de

(31) *Vías romanas del Valle del Duero y Castilla la Nueva*, de BLÁZQUEZ y SÁNCHEZ ALBORNOZ.

que las circunstancias no hacen más que corroborar las apreciaciones del conde Julián.

Hundimiento de los efectivos militares leales a Rodrigo, desmoralización social generalizada, ausencia de reacciones e indiferencia de la masa popular, entremezclada al miedo o recelo, que los witzianos con sus seguridades, trataban de calmar.

Traspuesto el Puerto de las Carretas, Taric prosigue a través de la serie de calzadas y caminos existentes, y que, dada la planicie manchega, existían por doquier, dirigiéndose a Murum (diez kilómetros antes de Villarta de San Juan), previo paso por Laminio (Alhambra), diferente de Lamini.

Pese a reconocer lo arriesgado que resulta esta marcha en punta de lanza, dadas las circunstancias conocidas, no supone nada extraordinario. Precisamente, de este convencimiento maduraría en Taric la decisión de desobedecer los consejos de sus superiores, para brindar una conquista que, ni en los más soñadores deseos, pudiera reputarse tan fácil, cómoda y sustanciosa.

El avance de Taric se realiza en pleno vacío, con ausencia absoluta de resistencias, con núcleos que huyen despavoridos intentando refugiarse sucesivamente en las plazas y lógicamente en Toledo, capital de la monarquía.

La suposición fundada de que en ella pudiera encontrar posteriores resistencias, pese al éxito que hasta el presente les había acompañado, es el acicate que imprime mayor velocidad al avance, para evitar que la concentración de fugitivos y de refuerzos allegados por los alrededores de la capital consiguieran encerrarse tras sus murallas y mantener un sitio prolongado, caso de que no intentaran, previamente, presentar nueva batalla antes de llegar a la propia capital y corte.

Por tanto, ante dichos temores, y pese a comprobar el desmoronamiento general a su paso por la Bética y trasponer la Mariánica, como queda relatado, es por lo que entendemos que Taric no proporciona más que el respiro indispensable a sus tropas, en su marcha victoriosa, situándose de cara a la cuenca del Tajo, por Puerto Lá-pice, cuya divisoria, una vez salvada, le situara al sur del Tajo, por el valle del Algodor.